

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, agosto de 1956

Núm. 1050

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL PROFETA DE FUEGO

Como homenaje al gran escritor
Giovanni Papini, muerto reciente-
mente en Florencia.

MIENTRAS Jesús, en el taller de Nazareth, manejaba el hacha y la escuadra, una Voz se había elevado del Desierto, hacia el Jordán y el mar Muerto.

El último de los Profetas, Juan el Bautista, llamaba a los Judíos a penitencia, anunciaba la proximidad del Reino de los Cielos, predecía la próxima llegada del Mesías, reprendía a los pecadores que acudían a él y los inmergía en el río para que aquel lavado externo fuese como un principio de la purificación interior.

En aquella turbulenta edad herodiana, la antigua Judea, profanada por los usurpadores Idumeos, contaminada por las infiltraciones helenistas, despreciada por la soldadesca romana; sin rey, sin unidad, sin gloria, medio dispersa ya por el mundo, traicionada por sus mismos sacerdotes, añorando siempre la grandza del reino terrestre de hacía mil años, obstinada en esperar una gran venganza, un retorno de la victoria, un triunfo de su Dios, en el advenimiento de un Libertador, de un Ungido que debía reinar en una Jerusalén más fuerte y bella que la de Salomón, y desde Jerusalén dominar a todas las gentes, vencer a todos los monarcas y llevar la felicidad a todos los hombres; la antigua Judea, descontenta de sus amos, oprimida por los publicanos, aburrida por los Escribas mercenarios y por los Fariseos hipócritas; la antigua Judea dividida, humillada, puesta a saco, y con todo, pese a todas las vergüenzas, llena de fe en lo futuro, prestaba de buena gana oído a la Voz del Desierto, acudía a las orillas del Jordán.

La figura de Juan era a propósito para conquistar las imaginaciones. Hijo de la vejez y del milagro, fué consagrado desde su nacimiento a ser Nazareo, esto es, puro; y nunca se había cortado el cabello, nunca había bebido vino ni sidra, nunca había tocado mujer ni conocido otro amor que el de Dios.

Pronto, todavía joven, había salido de la casa de los viejos y escondíose en el Desierto. Allí vivía hacía muchos años, solo, sin casa, sin tienda, sin criados, sin nada suyo fuera de lo que llevaba encima. Envuelto en una piel de camello, ceñida por un cinturón de cuero; alto, adusto, huesudo, quemado del sol, peludo el pecho, la cabellera larga cayéndole por las espaldas, la barba cubriéndole casi el rostro, dejaba asomar, bajo las cejas selvosas, dos pupilas relampagueantes e hirientes, cuando de la escondida boca brotaban las grandes palabras de maldición.

Este magnético habitante de las selvas, solitario como un yogî, que despreciaba los placeres como un estoico, aparecía a los ojos de los bautizados como la última esperanza de un pueblo desesperado.

Había llegado a su año trigésimo: la edad justa y destinada. Antes de los treinta años el hombre es un esbozo, una aproximación; los sentimientos comunes, los amores de todos le dominan a menudo; no conoce bien a los hombres, y, por tanto, no suele amarlos con ese dulce amor de piedad con que deben ser amados; y si no los conoce ni los sabe amar, no tiene derecho de hablar con autoridad ni el poder de hacerse escuchar debidamente.

Juan, el cuerpo quemado por el sol del Desierto, el alma quemada por el deseo del Reino, es el anunciador del Fuego. Ve en el Mesías que va llegar el señor de la Llama. El nuevo Rey será justiciero, labrador: el árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al Fuego, aventará el grano en la era y quemará la paja y el tamo con Fuego inextinguible. Será un bautista que bautizará con Fuego.

Rígido, alado, áspero, como erizado de púas, pronto al anatema, impaciente y apremiante, Juan no acaricia a los que se acercan a él, aunque pudiese gloriarse de haberlos traído hacia allí. Y cuando vienen a bautizarse Fariseos y Saduceos, hombres notables, doctos en las escrituras, reputados entre el bulgo, acreditados en el tiempo, los apostrofa más que a los otros. «Raza de víboras, ¿quién os ha

enseñado a huir la ira que os amenaza? Haced, pues, fruto digno de penitencia y no queráis decir dentro de vosotros: tenemos a Abraham por padre; yo os digo que Dios puede, de estas mismas piedras, suscitar hijos a Abraham».

Vosotros, que os encerrais en las casas de piedra como las víboras se esconden entre los cantos; vosotros, Fariseos y Saduceos, sois más duros que la piedra; vuestro intelecto está petrificado en la letra de la ley y de los ritos, está petrificado vuestro corazón egoísta; al hambriento que os pidió pan pusísteis en la mano una piedra; y arrojásteis la piedra a quien había pecado menos que vosotros; vosotros, Fariseos y Saduceos, sois estatuas orgullosas de piedra que únicamente el Fuego podrá vencer, porque el agua no hace más que correr por encima y luego se seca. Pero aquel Dios que de tierra, con sus manos, hizo a Adán, puede hacer con los guijarros del río, con las piedras del camino, con los cantos de la roca, otros hombres, otros seres, otros hijos suyos; puede trocar el pedernal en carne y en alma mientras vosotros habéis trocado el alma y la carne en pedernal.

No basta, pues, bañarse en el Jordán. La ablución es saludable, pero no es sino un principio; haced lo contrario de lo que habéis hecho hasta aquí porque sino seréis reducidos a ceniza por Aquel que bautizará con Fuego.

Entonces las gentes le interrogaban:

—¿Qué debemos hacer?
Y les respondía:
— Quien tiene dos vestidos, dé uno a quien no lo tenga, y quien tenga que comer haga otro tanto.

También fueron publicanos a que los bautizase y le dijeron:

—Maestro, ¿qué haremos nosotros?
Y les dijo:

—No exijáis más de cuanto os ha sido tasado,

Los soldados a su vez le interrogaron:

—¿Y nosotros, ¿qué hemos de hacer?
Y les dijo:

—No hagáis extorsiones, no calumniéis y contentaos con vuestras pagas.

Juan, tan majestuoso y casi sobre humano cuando anuncia la terrible elección entre los Buenos y los Malos, apenas desciende a lo particular dijérase que se hace vulgar. No sabe aconsejar más que la limosna: el donativo de lo sobrante, de aquello sin lo cual

uno se puede quedar. A los publicanos no les pide más que la estricta justicia: tomen lo que es razonable y nada más. A los soldados, gente feroz y ladrona, no les recomienda sino discreción: contentaos con vuestro salario y no robéis. Estamos en pleno mosaísmo: Amós e Isaías, mucho antes que él, habían ido más lejos.

Ya es tiempo que el Acusador del Mar Muerto ceda el puesto al Libertador del Mar de Tiberiades.

Triste suerte la de los Precursores, que saben pero que no verán; que llegarán hasta las orillas del Jordán, pero no gozarán la tierra prometida; que

allanarán el camino del que marcha detrás de ellos, pero que se les adelantará; que prepararán el trono y no se sentarán en él; servidores de un amo a quien muchas veces no ven el rostro. Tal vez la dureza de Juan se explica mejor con esta conciencia suya de ser un simple embajador y nada más; conciencia que no llegaba a la envidia, pero que dejaba un sedimento de tristeza en su misma humildad.

Fueron de Jerusalén a preguntarle quién era:

—¿Eres Elías?

—No.

—¿Eres el Profeta?

—No.

—¿Eres el Cristo.

—No. Yo soy la voz que clama en el Desierto. Después de mí vendrá uno a quien no soy digno de desatar las correas de las sandalias.

En Nazareth, entre tanto, un Obrero desconocido se ataba las sandalias con sus manos para ir al Desierto donde tronaba la voz que por tres veces había contestado que no.

«De la Historia de Cristo, de Giovanni Papini».

El Centenario de una muerte gloriosa

UN GRAN ESPAÑOL SEÑALA EL CAMINO

A mis educadores, hijos de San Ignacio de Loyola, con cariño y agradecimiento.

EL AUTOR

FUE en un momento histórico cuando surgió entre estampidos de cañones y gritos de derrota, el triunfo apoteósico y glorioso de un hombre, un soldado, que al sentir en sí, las heridas de la guerra, y sentir caer su cuerpo destrozado, hacía Dios el milagro, de hacer surgir en él, al gran Ignacio de Loyola, paladín de la lucha contra el Renacimiento, freno contra la herejía luterana, apóstol de la obediencia ante la rebeldía, y sembrador por todos los caminos del mundo, de una semilla que los años multiplicarían a través de sus hijos, y de los hijos que sus hijos educaran.

Su obediencia ciega, absoluta, ante la personalidad del Papa, habría de traer a su Compañía muchos disgustos. Era la disciplina, la jerarquía católica, el principio religioso de la unidad que había que establecer en la Iglesia contra la rebeldía de las ideas que amenazaban la fé de las naciones.

Su obra fué perfecta. Las persecuciones fortalecieron a la Compañía, el mundo conoció a sus hombres heroicos, predicando la palabra de Dios, con la valentía de los iluminados y la fé que traspasaba las montañas. Las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, quedaban prácticamente terminadas a la muerte de San Ignacio de Loyola. *los Ejercicios espirituales*, obra clave de la Compañía, habían sido aprobados por el Papa Paulo III en 1548; los *Colegios para seglares*, ya habían empezado a funcionar en varias naciones. Eran una magnífica escuela de moral que habría

de influir de una manera extraordinaria en los hombres y los pueblos. Hoy miles y miles de hombres de todas las naciones y de todas las categorías sociales, están influenciados por el espíritu de San Ignacio.

Hace unos días solamente, en el Santuario de Loyola, un Congreso extraordinario de todo el mundo, unía en aquel lugar, rincón de España, hombres de toda América, de toda Europa y de otros continentes. Todos habían sido educados por los hijos espirituales de aquel gran santo español que un día, caía herido en las ruinas de Pamplona, como un nuevo Pablo de Tarso, por la fuerza de la gracia. Dios habíale señalado con su dedo para crear la fuerza arrolladora de una legión de soldados de Cristo, obedientes ciegamente a las órdenes del Papa, y traer una nueva fuerza espiritual al mundo, capaz de cambiar la faz de los pueblos y contener la rebelión de un Renacimiento que amenazaba destruir la civilización cristiana.

Han pasado cuatrocientos años de su muerte. Su obra es tan grandiosa que solo puede ser comprendida y medida desde lo alto.

Dios se habrá complacido de la elección tan acertada de aquel soldado, herido y deshecho entre las derruidas murallas de Pamplona, para cumplir fielmente sus mandatos.

Que El dé a todos sus hijos la bendición complacida de su labor.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Decía pues, Jesús de Nazaret a sus discípulos:

—Si perseverais en mi doctrina, seréis verdaderamente discípulos míos...

El impone la ley y solamente obedeciendo sus mandamientos y mante-

niéndose fiel a sus principios, podremos considerarnos sus discípulos.

El nos manda... El nos prohíbe...

Forzosamente hemos de obedecer.

Cicerón, decía, que la verdadera libertad consistía en ser esclavo de la Ley. Ella nos da las normas, que obedeciéndolas hara que los demás respeten nuestros derechos. El quebrantamiento de esas normas, señala una anormalidad y surge el abuso de la Ley y

la violación de la misma, consistente en quitar a otros el derecho que les corresponde.

Si esta misma teoría, la llevamos al terreno religioso, obediendo la Ley de Dios, ciegamente, sin restricciones, con plena adhesión de la voluntad a la misma, nos encontraremos dentro de la familia de Cristo, como sus discípulos fieles y disfrutando de la felicidad que El concede a sus hijos muy amados.

Si por el contrario, nos apartamos del cumplimiento de su ley, habremos violado unos principios que no están escritos en un Código solamente, con frialdad legal de un articulado, sino que sentiremos en nosotros la huella de la violación, inquietando nuestra conciencia, preocupando nuestro estado de ánimo, sintiéndonos esclavos de algo que nos quita la felicidad y el placer espiritual tan necesario para nuestra paz.

Seremos esclavos. Unas veces del dinero, de unos compromisos ilícitos, de unas obligaciones inciertas, de una palabra dada contra nuestra voluntad. Seremos esclavos de un placer material, sujetos por pasiones que destruyen no solo nuestra felicidad espiritual, sino también nuestro cuerpo y nuestra salud. Seremos esclavos de los demás, de otras personas, cuya categoría moral seguramente dejará mucho que desear. Seremos esclavos del mundo. Estaremos humillados, entristecidos, apenados, incómodos, deprimidos... Es el peso de la esclavitud que nos aplana y nos hunde. Liberémonos de esa carga, sujetemos nuestra vida a los preceptos del Decálogo, seamos esclavos de la Ley de Dios... y seremos libres.

En el cumplimiento de esa Ley encontraremos la verdadera libertad. El hombre será libre cuando pueda levantar su cabeza con orgullo ante los hombres y puede acercarse a Dios con la conciencia tranquila y seguro de que sigue siendo fiel discípulo de Aquel que prometía un mundo feliz eternamente a quien guardase sus santos mandamientos.

Busquemos la libertad, sometiéndonos a los mandatos de Dios.

Y conoceréis la verdad, decía Jesús, y la verdad os hará libres.

R.

Justicia y Caridad

He aquí dos conceptos netamente distintos y con valor sustantivo propio. Y sin embargo, no siempre en la práctica se les separa convenientemente a la hora de medir obligaciones que de uno y otro derivan en el fuero interno, externo, económico y social.

Pues es lo cierto que muchas veces se cree ejercitar la caridad cuando lo que en realidad se hace es faltar a la justicia. Porque la mano tendida o el socorro más o menos oportuno y cuantioso no siempre pueden imputarse a caridad, ya que para satisfacer a ésta es condición indispensable que no se haga con merma o menoscabo de la justicia. Y es evidente que cuando lo que se da a otros es debido en justicia, ya conmutativa, ya distributiva, ya legal, el pretender achacar a caridad no deja de ser una burla de legítimos derechos a la vez que un atentado contra esa justicia en cualquiera de sus denominaciones.

Pues bien: esto que teóricamente es tan obvio, no siempre se comprende de igual

modo que en la práctica. Y así resulta, por ejemplo, que hay quien, tras de haberse lucrado inmoderadamente, con sacrificio de los más débiles, aprovechando unas coyunturas económicas difíciles, se siente hasta orgulloso de contribuir con una estimable suma a esta o aquella obra benéfica que les salió al paso. O quien, habiendo obtenido pingües ganancias en su industria o negocio merced a una acertada conjugación de trabajo y empresa, ofrece a título de liberalidad lo que quizá debe en justicia a los asalariados que directamente hicieron posibles aquellos rendimientos. Evidentemente sería contra toda justicia, en ambos casos, contabilizar esos gestos en la casilla de la caridad.

Esta y aquella, caridad y justicia, son dos categorías o predicamentos morales, mejor, dos virtudes, si se quiere, colindantes o conexas, pero que no cabe confundir ni menos suplantar.

De ahí que muy oportuna y acertadamente haya dicho el señor Cardenal Primado, al clausurar la XI Asamblea Nacional de Caridad, que ésta no puede ser un velo encubridor de injusticias sociales, ni de salarios insuficientes ni de precios abusivos. Como ya había dicho a los trabajadores, con ocasión de la festividad del primero de mayo, que la Iglesia antepone los deberes de justicia a las obras de caridad material y que peca contra la justicia el que se aprovecha de la carestía para su lucro mediante precios exorbitantes, como igualmente atenta contra ella el que no da el salario suficiente a sus obreros.

Pero la triste realidad es que en muchas ocasiones y muchos sectores de la vida actual se olvidan fácilmente o se esquivan estos tan claros principios. Y surge el inevitable descontento e inquietud, cuando no rebeldía, en quien sufre las consecuencias de un tan flagrante descuido o confusión de las obligaciones que la justicia impone a individuos, empresas y Estado.

Siempre — ello es cierto — será necesaria la caridad en el mundo y a todos corresponde aplicarla a medida de las posibilidades. Pero sería un escamoteo de la verdad y de la doctrina de Cristo pretender utilizarla como sucedáneo de la justicia con daño evidente de aquellos a quienes la misma caridad, en su sentido más alto, nos ordena amar como a nosotros mismos y medir con igual medida.

(De la revista «ECCESIA» del 9 de junio de 1956)

Diálogo entre el Calor y la Moral

Calor.—Bien... Ya estoy aquí.

Moral.—¿Cómo pasa el tiempo! Si parece que hace un mes te fuiste por la puerta del otoño. Y, ¿qué piensas hacer este año?

Calor.—Lo que todos los años. Yo soy un enviado de Dios.

Moral.—¿De Dios?

Calor.—Sí, señora. Ya sé... ya sé, que malas lenguas dicen que yo soy el mejor aliado de Satán. Pero no lo creas. Y tú misma me parece que te has dejado

seducir por habladurías de gentes sin conciencia.

Moral.—Es que—no es ofenderte—, pero todos los años en cuanto llegas tú, se olvida todo el mundo de mí.

Calor.—Es verdad, lo reconozco, pero la culpa no es mía. La culpa es de ellos y de ellas. Yo soy bueno como el primero, yo soy hermano del otoño, del invierno y de la primavera. Yo existo desde hace tiempo, y cuando Dios me hizo con sus dedos de luz, El mismo—fíjate, El mismo—vió que yo era bueno.

Moral.—Sin embargo, por ti existen las playas, y las piscinas, y las mangas japonesas, y los bañadores elementales y mínimos... Si fueras más discreto y suave...

Calor.—Si fuera más discreto, querida, a la hora de la siega el trigo sería verde y el mundo que se desnuda para no «morirse de calor», se moriría de hambre. Yo—modestia aparte—no soy malo. Los malos son los de siempre: el mundo, el demonio y la carne. Estos nunca hicieron nada a derechas.

Moral.—Pero lo cierto es que tú cooperas al mal.

Calor.—Sólo faltaba eso. ¿Cooperar yo? Estás tan asustada, que has perdido la cabeza. Es como si me dijeras que el invierno es el responsable de las pulmonías. Y a propósito de invierno, éste sí que queda siempre bien. Todos los años se queda con un saborcillo grato de piedad caliente, de villancico tierno, de obras de caridad. Yo, en cambio, tengo una fama... Menos mal que no le faltan a uno ciertas compensaciones.

Moral.—¿Compensaciones?

Calor.—Sí, mujer. No creas que en todas partes es como aquí. Si yo contara.

Moral.—Cuenta, cuenta.

Calor.—Me estoy acordando ahora de unos misioneros españoles en la India. Estaba yo apretando aquel día casi demasiado ¡55 grados a la sombra!

Moral.—¿Qué barbaridad!

Calor.—Pues como te iba diciendo, aquellos misioneros desencajados, sudorosos, casi exhaustos, avanzaban por los caminos pulverorientos. ¡Todo por bautizar un infiel! Yo les oía decir bajito con un buen humor hispano: «Señor, Señor, si no fuera por tus indios, para esto dejamos nosotros las costas de nuestra tierra». Y aquellas monjitas, Hijas de la Caridad, por más señas, misioneras de Cuttack, también en la India, que a las tres de la tarde, y a 50 grados, hacen su oración todos los días. ¿Sabes cómo la llaman?

Moral.—¿Cómo?

Calor.—La llaman la «oración del sudor». No pueden rezar y no hacen más que sudar, sudar por la conversión de la India y del mundo. Y... en España muchas monjas contemplativas rezan por los misioneros unas letanías extrañas: las «letanías del calor».

Moral.—Me cansuelas un poco. Ya veo que no todo por ti es malo. También puedes hacer el bien.

Calor.—La culpa no es mía. También yo soy de Dios y puedo hacer el bien.

Moral.—Pero... tu misma lo ves, a unos y a otros, que trabajo les cuesta.

Regina Angelorum

2 de Agosto

Corte de Reina te dan hoy los ángeles, María, y te aclaman con afán, te cantan con alegría.

Y te repiten aquellas palabras del día aquel en que con frases tan bellas te saludaba Gabriel.

¡Ave María, Señora! siempre sonarán iguales palabras que en esta hora en los sitios celestiales.

Los ángeles gritan más hoy, y con su gritería hacemos coro quizás también los hombres, María.

Hermenegildo Rodríguez

Comentando

Viaje interplanetario

Pudiera dar mil razonamientos que atestiguaran la verdad de cuanto voy a contaros, pero creo que para que por cierto lo tengáis os bastará mi palabra. Sé de vosotros que tendrías a insulto dudar

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

de mis palabras, y por eso omito todas las pruebas irrefutables que acreditarían mi verdad.

A Blas, le conocéis todos, de verle por la calle. Su tipo es inconfundible, en su delgadez quijotesca, su cuerpo corvado, su traje desastrado, sus manos metidas en postura inconfundible en los bolsillos de su pantalón, sujetando la abierta chaqueta alforjada de mil y mil papeles inútiles.

Le encontré el otro día, a la hora del hambre, que para él es cualquiera de las veinticuatro. — Ven conmigo, me dijo, ya que tú estás acostumbrado a esos viajes en los que se sale de este mundo. Tengo en casa un artefacto de mi invención, propósito para los viajes interplanetarios, y quisiera que lo vieses, y vieses su funcionamiento. — Y a rastras me llevó tras de sí, y vi su enorme bala de cañón, que tal parecía aquél ingenio, y me interesó más su locura que su funcionamiento. La curiosidad me metió dentro del proyectil en compañía de Blas.

Cuando desperté, aún me zumbaban los oídos, y notaba una impresión de falta absoluta de peso, parecida a la que me había dormido. — Estamos a mitad de camino. — Me dijo Blas. — Dentro de nada, llegaremos a la Luna. Los hombres humanos, aún no han puesto en ella sus plantas. Seremos los primeros. — Eso de los hombres humanos, me sonaba en sus labios a guasa. El, no obstante, lo explicaba. Así distinguía a los hombres de la tierra de los selenitas, a los que él llamaba hombres lunáticos. Y él, más parecía de estos que de aquellos.

Me asomé a la ventana. La Luna nos miraba con cara de asombro. Primero, en sus ojos había picardía y en sus labios una sonrisa escéptica. Luego la sonrisa se fué disipando, y la picardía de los ojos tornose en asombro. Después vino el gesto de preocupación, y luego, el temor y el espanto. Nos acercábamos a ella, y tenía miedo. Yo también me sentía algo intranquilo.

Cuando desperté otra vez, estábamos

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

en la Luna. — Salgamos. Me dijo Blas. Y abrió la puerta. — Tomemos posesión de la Luna, en nombre de España. Somos los primeros hombres que pisan su «tierra».

— Oye, le dije: ¿No ves aquella pequeña columna de humo que sale tras de la roca? ¿No oyes el zumbido de un abejorro? ¡Yayamos allá, a ver que fenómenos desconocidos nos va a presentar nuestro satélite!

Y fuimos. El fenómeno, era un tipo rubio, con cara de guasa, fumando un pitillo mataquintos, dándole a una rueda de afilar, por la que pasaba unas tijeras. Nos vió y nos dijo:

— ¿Qué hay, rapaciños? ¿Alguna navajita que afilar?

— ¡En la Luna había gallegos! ...

Cuando desperté otra vez, estaba dentro de nuestro artefacto, en viaje de regreso. Me asomé a la ventana, y vi a la Luna, con cara de dolor. Tenía un ojo hinchado y renegrido. Quizás el que nos había recibido.

Y cuando desperté la última vez, estaba en la cama, rodeado de mis familiares, con una bolsa de hielo en la cabeza.

HERO

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)